



X

Q
Fresca como una rosa entra Cris a la mañana siguiente en el vagón-restaurante. Casi todas las mesas están ocupadas. Sólo frente a dos hombres solitarios hay dos sitios vacíos. Mister Prynce-Valmore, tras su *New York Times*,³⁷ no parece darse cuenta de que una viajera esbelta, vestida de gris, busca un lugar donde poder desayunar. Jorge Atalanta, en cambio, salta de su asiento.

—Buenos días. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Buenos días. Bien. Gracias.

Cris toma asiento. Atalanta llama al camarero.

—¿Qué va usted a tomar?

—Un café con leche con tostadas y mantequilla.

Y ahora, junto a las apaisadas ventanillas bañadas de sol, ¡a dejarse vivir!

Desfila el paisaje —verde, risueño— a toda velocidad. Se mece el café con leche en el tazón crema listado de azul. La mantequilla está dura y la mermelada buena. Crujen las tostadas. La vida es hermosa. Cris se siente

37. *New York Times*: prestigioso periódico norteamericano que se edita en Nueva York.



feliz. Tiene un don especial para captar fluidos gratos, y para irradiarlos a su vez convertidos en optimismo. La vida puede haber sido dura con Cris. Más que dura, cruel. Y puede, ¡Dios no lo quiera!, seguirlo siendo. Pero lo que no podrá arrebatárle nunca es esa maravillosa cualidad de saber sentir la belleza, la bondad, hasta de las cosas más humildes. Esa supersensibilidad que responde al menor rayo de luz.

Jorge Atalanta la sigue observando. Hoy, al claro sol mañanero, ya no la encuentra inquietante, ni hastiada. Al contrario, le hace el efecto de que es un ser humano muy joven y muy sano, y muy juvenil y sumamente atrayente. ¡De qué buena gana muerden los dientes blancos en las tostadas! ¡Cómo bailan en los ojos grises las chispitas de oro! Jorge Atalanta la mira con simpatía fraterna.

—Me gusta ver comer a una mujer con apetito.
Con hambre, dirá usted. Es que anoche se me olvidó cenar.

—¿Y eso?

—Las despedidas.

—¿Fueron muy conmovedoras?

—Mucho.

El rostro de Cris ya no es risueño. Los ojos grises persiguen una casita blanca que se pierde entre follaje.

Jorge, sin saber por qué, no quiere verla triste. Qué manos tan bonitas tiene. Y qué muñecas tan finas. ¡Raza!

—¿Sabe lo que me parece? —dice—. Que la conozco a usted desde hace mucho tiempo. Y que la he visto y la he tratado mucho..., quizá en otra vida.

—Quizá —dice Cris—. Porque lo más extraño es que usted también me recuerda a alguien. Sólo que yo sé a quién.

—¿A ver?

—No. No quiero hablar de cosas tristes.



—¿A alguien que le ha hecho a usted daño?

—A alguien que ha muerto.

—¡Ah!

Cris ha dejado de comer. Y contempla el vaivén del café en su taza. Jorge quiere ver de nuevo la sonrisa blanca.

—¿Sabe usted que es una mujer desconcertante?

Las cejas se arquean.

—¿Yo?

—Sí. La he visto hasta ahora escasamente una hora en mi vida. Y ya la he clasificado y desclasificado por lo menos veinte veces.

El objeto está logrado. Cris sonríe.

—A ver. Cuénteme.

—Sí; despista usted de un modo extraordinario. Cada cinco minutos me desbarata mi composición de lugar.

—Me choca que un hombre tan corrido como el marqués de Atalanta no sepa al primer golpe de vista con qué clase de mujer trata.

—Perdone usted, no he dicho eso. Aun en una misma clase de mujeres hay matices.

—¿Y yo?

—A usted la he paseado por todos ellos. Pero hasta ahora mismo no he llegado a colocarla en el sitio que me parece que encaja.

—¿...?

—En el de una hermanita mía, que tampoco vive.

Jorge lo ha dicho impulsivamente. Casi sin pensarlo. Después, él mismo se asombra. Porque esto no forma parte de su repertorio.

Cris lo ha mirado con simpatía. Hay un momento de silencio entre ellos.

—Gracias, Atalanta. Lo que acaba de decirme me llega a lo hondo. Pero no juzga usted por las apariencias. Viajo

sola, salgo a fumar al pasillo, entablo conversación con un desconocido... y sigo charlando tranquilamente con el mismo, aun después de saber que es "el capricho de las damas", un hombre peligroso, que me compromete de un modo horrible.

Ahora es Jorge el que se ríe.

—Dígame —suplica— quién es usted.

—¿Yo? —los ojos de Cris siguen esta vez el subir y bajar de los hilos telegráficos—. Nadie interesante. Una muchacha como otra cualquiera.

—¿Con novio?

Cris ha sentido fija en ella la mirada del rey del acero.

—¿Con suegro! —ríe—. Que es peor.

—¿Quién es ese individuo que la mira a usted con tanta fiereza?

—Mi suegro —vuelve a reír Cris.

—No diga tonterías.

—¡Vaya!

—Una conquista, sin duda. Debe ser inglés. ¡Menuda pinta tiene el tío! Y debe ser algún personaje. Porque le fueron a despedir Ruiz Altares, Torrealta y los dos Alvedo.

—Es Prynce-Valmore, el millonario americano.

—¡Caray! ¡El multimillonario ese que ha dado últimamente cinco millones de dólares para fundar no sé qué sanatorio en su país? ¿Y que tiene en su quinta de Palm Beach el mejor campo de polo del mundo? ¿Está usted segura de que es él?

—Completamente segura.

—Caramba, pues me gustaría conocerle. Mi primo Luis Ramales estuvo hospedado en su casa de California cuando fue con el equipo español a jugar allí al polo, y cuenta y no acaba. Creo que tiene un hijo loco, o algo por el estilo. Pero ¿por qué ha dicho usted que es su suegro?

—Por broma. Es, en realidad, mi jefe.

—¿Su jefe?

—Sí; soy su secretaria. Una de sus secretarías.

—¿Me quiere usted decir que es una mecanógrafa?

—Algo por el estilo. Una *taquimeca* que habla inglés, francés, alemán, italiano, español...

Jorge Atalanta no la escucha casi. Está profundamente defraudado, y arrepentido de haber mezclado el nombre de su hermana en este asunto. ¡Mecanógrafa! ¡Y vestida así!

—¿Por qué me mira usted con esa cara tan rara? ¿No es usted feminista?

—No, señora, o señorita; no lo soy. Al contrario. Me parece el feminismo algo contra la ley natural de las cosas de este mundo.

—Explíquese.

—¿No se ofenderá si hablo claro?

—Todo lo claro que usted quiera.

—Pues sí: el feminismo me parece un desquiciamiento.

—No comprendo.

—Pues salta a la vista. Ahí la tenemos a usted, por ejemplo, una muchacha guapa, bien educada, de buena familia (no tengo más que verla), que, si no existiera la moda de "ganarse la vida", habría permanecido tranquilamente en casita, en espera de poder hacer por las buenas la felicidad de cualquier individuo; pero que, bajo el influjo de lo que ustedes llaman "feminismo", se lanza a una vida de luchas, obstáculos y tentaciones, que, desde luego, no es la que le corresponde.

—¿Cree usted, acaso, que a uno le toca en suerte lo que le corresponde?

—Es cuestión de saber esperar en muchos casos. Pero las muchachas de hoy corren a través de la existencia a cien por hora. Antes la mujer aguardaba con paciencia a que fuera el matrimonio el que abriese ante ella el libro de

la vida. Hoy, para ver mundo, para vestir bien y para ser independiente, les basta a ustedes, por lo visto, con tener un buen empleo.

Cris mira a Atalanta con fijeza.

—Ignoro si hay alguna segunda intención en sus palabras. Supongo que no. Pero lo que sí veo claro es que usted considera la emancipación femenina como un deporte practicado por mujeres acomodadas.

—Por mujeres sin resignación. No me negará usted que antaño también existiría la necesidad, y, sin embargo, las mujeres sabían sobrellevarla dignamente.

—¿Qué entiende usted por sobrellevarla dignamente?

—Sin dejarla trascender. Permaneciendo en su sitio: en el hogar. Ignoradas y respetables.

Cris mira a Atalanta con verdadero asombro.

—¡Y usted se las de hombre moderno! Si tiene usted mentalidad medieval. ¿De modo que a usted le parecían más “dignas y respetables” aquellas señoritas de ayer que cantaban romances a la luna, mientras su padre se mataba a trabajar para poder sostenerlas? ¿Aquellas muchachas cuyo único fin en la vida era “atrapar un marido” que les brindase el pan y la sal? Y, por lo visto, juzga usted lo contrario de dignas y respetables a las chicas de hoy, que ya no quieren ser carga, sino ayuda y sustento de los suyos, y que no quieren ver en el matrimonio una solución material. Las mujeres modernas, créame usted, no han abandonado sus casas por seguir una moda. Y a mí me parecen admirables en este nuevo anhelo de crearse a pulso un *modus vivendi*³⁸ que les permita emanciparse de esa ley secular y absurda que decreta que una mujer sólo puede existir mantenida por un hombre.

38. *Modus vivendi* (latín): modo de vivir.

—Habla usted tan bien, que si no fuese su boca la que pronuncia esas palabras, me convencerían quizá.

—¿Por qué si no fuese mi boca?

—Porque ella, y sus ojos, y toda usted, son demasiado bonitos para pertenecer a una oficinista. Traerá usted de cabeza a cuantos le rodean. ¡Menudas cosas tendrá usted que oír!

—¿Amabilidades? ¿Galanterías? ¿Impertinencias? ¿No las oye uno lo mismo en un *dancing*³⁹ o en un salón? De la mujer depende el saberlas parar a tiempo. Yo hasta ahora he tenido suerte. Sólo he tropezado con consideración y respeto.

Atalanta la contempla pensativo.

—Es posible —dice.

Ella ríe.

—No parece usted muy convencido.

—La encuentro a usted demasiado atrayente, demasiado bonita, demasiado joven, para andar sola por el mundo junto a un hombre que, lo espero por él, tendrá sangre en las venas.

—Ustedes, los españoles, no saben ver en la mujer nada más que la mujer.

—¿Y qué quiere usted que veamos en ella?

—Pues la ayudante útil en algunos casos, la camarada en otros, la compañera de trabajo, de esfuerzo.

—¡Bah! Si es vieja y fea, no le digo que no.

—Pero ¿qué tiene que ver en este caso el físico? Se trata de cerebros, de capacidad intelectual, de voluntad.

—¡Tonterías! ¡A mí déjeme de cuentos! Si ese yanqui fotogénico y millonario que tiene la suerte de viajar con usted no la mira con ojos de *hombre*, es que es un animal y no merece ser millonario ni fotogénico.

39. *Dancing*: lugar público donde se baila, sala de fiestas.

Con ojos de hombre.
míranlos
Con ojos de hombre.

Cris ríe. Con Jorge Atalanta es imposible enfadarse. Su franqueza campechana y su rostro abierto desarman. Y su innata corrección suaviza sus atrevimientos de palabra.

— ¡Y dale con que viaje con Prynce-Valmore! Viajo con él lo mismo que con usted. Es decir, en el mismo tren. Pero ya ha visto el caso que me ha hecho cuando he entrado a desayunar.

— A lo mejor quiere despistar.

— ¡Vamos, no busque usted tres pies al gato! Me ignora, sencillamente. Como yo le ignoro a él fuera de las horas en que trabajamos juntos.

— ¿Lleva usted mucho tiempo de empleada suya?

— No: antes me dedicaba a dar lecciones particulares de idiomas.

— ¡Qué lástima no haberlo sabido!

— Es que a usted no le hubiera querido yo de discípulo.

— ¿Me hace el honor de encontrarme peligroso?

— Revoltoso nada más.

Jorge ríe.

— Es usted encantadora. Y ahora me doy cuenta de que necesitaría una secretaria para que tomase nota de mis impresiones en Ambres. ¿Por qué no planta a su americano y se viene conmigo?

— ¿Lo tomo como galantería equívoca?

— Tómelo como quiera.

— Como una majadería entonces.

Cris ha vuelto a sus tostadas. Unta mermelada sobre la mantequilla, y se dedica serenamente a alimentarse. Jorge la sigue observando. No es una muchacha del montón la pequeña *taquimeca*.⁴⁰ Le basta con un gesto, con una entonación de voz, para rodearse de una atmósfera de in-

⁴⁰ *Taquimeca*: (término anticuado) viene de taquimecanografía, secreta-
ría.

tangibilidad. Posee esa difícil facilidad de saber colocar a las gentes en el sitio del que no debieron moverse, que es, generalmente, patrimonio de las grandes señoras. Jorge Vial empieza a creer que, en efecto, existen mujeres que saben andar solas por el mundo. Que no necesitan para nada de su galante e interesada protección. Y esta sensación, nueva para él, hace que su interés por la damita gris vaya en aumento.

El restaurante se ha quedado casi vacío. Cris llama:

— La nota.

Atalanta pega un respingo.

— ¿Espero que no va a hacerme la afrenta de pagar su taza de café? Porque será muy avanzado y muy neoyorquino, pero en España sigue siendo costumbre que pague siempre el hombre.

Cris tiene el tino de no insistir.

— Bueno, pues gracias. Por su desayuno y por su compañía. ¡Hasta la vista, Atalanta!

Jorge quisiera acompañarla. Seguir la charla en el *pull-man*. Pero, la verdad, no se atreve. ¿Se habría enfadado por aquello? ¿No le dio a entender que lo consideraba una salida de tono?

“¡Es el acabóse! — piensa después —. ¡Preocuparme ahora por si le habrá caído mal una broma a una chiquilla moderna que pretende ser una empleadilla, se viste como una princesa y viaja en el sudexpreso! ¡Jorge Atalanta, eres de una ingenuidad ridícula!”

La chiquilla moderna se dirige por el pasillo hacia su *pull-man*.

— Miss Guzmán, un momento, haga el favor — la interpela una voz varonil desde un reservado.

— ¿Mister Prynce? Buenos días.

— Buenos días. ¿Quiere pasar y sentarse? Tengo que hablar con usted.

Prynce-Valmore le indica un sitio frente al suyo.

—Quisiera, miss Guzmán, hacerle una advertencia, que no creí necesaria el otro día, pero que hoy me imponen las circunstancias. Yo le indiqué a usted anteayer que desde el momento en que marcháramos de Madrid, usted desempeñaría el papel de mi hija política. De mistress Prynce-Valmore, *junior*, una señora respetable, perteneciente a un mundo sumamente estricto.

—No comprendo —dice Cris, por segunda vez en la mañana.

—Usted, por ejercer durante tres meses estas funciones, que ciertamente no son desagradables, se hallará bien retribuida, bien vestida y bien tratada. Yo espero que, a su vez, se dé cuenta de la situación y —parece usted una chica lista— sepa ponerse a su altura.

—No comprendo —repite Cris. Está un poco pálida. Y sus labios rojos no sonríen.

El hombre frente a ella comienza a impacientarse.

—Quiero decirle que lo que en una señorita Guzmán no tiene importancia, en mistress Prynce-Valmore puede resultar escandaloso. Quiero rogarle que, mientras permanezca en el empleo que actualmente desempeña, se porte con la máxima reserva, con la mayor discreción. ¿Me entiende usted ahora?

Hay un silencio entre ellos.

Cris ha cruzado las piernas y ha arqueado las cejas.

—Mister Prynce-Valmore —dice después, serena—, le encuentro a usted demasiado exigente. A fuerza de creer que con dinero todo se consigue, está usted pidiendo un imposible. ¿Cómo pretende usted, sólo por un toque de su voluntad, convertir a una modesta maestra —pero que tiene sus costumbres adquiridas a fuerza de independencia— en una dama aristocrática, austera e impecable, como deduzco que debe ser su hija política? Todas esas

cualidades pueden exigirse a las mujeres de su mundo de usted, que nada saben de luchas, de tentaciones ni de miseria. Nosotras, las muchachas pobres, que a brazo partido luchamos por nuestro puesto bajo el sol, no podemos permitirnos el lujo de tener todos los prejuicios y toda la corrección social de una mistress Prynce-Valmore, *junior*.

El rey del acero siente cómo se le endurecen las facciones y el alma. Porque ha comprendido al instante la contestación de Cris, de esa joven que tanto se parece en rostro y en insolencia a la nefasta mujer de Joe: “Usted es un exigente, mister Prynce-Valmore. Su hijo se casó con una muchacha a quien la vida ponía en condiciones de ser como ustedes la soñaban. Y, sin embargo, les falló. Y hoy, por un puñado de dólares, pretende usted convertir a la primera chica que pasa por la calle en ese dechado de perfecciones que la noble, la educada, la mimada por la vida, no supo o no quiso ser. Para comprarme en cuerpo y alma, o para alquilarme en cuerpo y alma, paga usted poco, mister Prynce.”

—Tiene usted razón —dice al cabo, fríamente—. Me he equivocado una vez más. Pero saquemos siquiera algo en limpio de esta conversación. Yo le ruego que, mientras permanezca en mi casa, tenga un cuidado especial con su conducta. Piense que dentro de tres meses podrá volver a hacer lo que quiera. Y que sólo durante tres meses solicito de usted discreción y prudencia.

—¿Nada más por hoy, mister Prynce?

—Nada más.

Cris sonríe con su sonrisa *giocondina* (“¡de mujer que todo lo tiene!”).

—Esté usted tranquilo. Procuraré no deshonrar su nombre. Ni aun sus criados más críticos, que serán los únicos que me tomarán por su nuera, hallarán algo que decir de mi conducta... Pero todavía no he pisado su hotel

de la Avenue Marceau, y nuestro convenio sólo empieza entonces.

—¿Quiere usted darme a entender que piensa seguir su *flirt* con ese desconocido?

—¿No le conoce usted? —pregunta Cris cándidamente—. ¿Quiere que se lo presente? Es el marqués de Alalanta, nuestro famoso campeón de polo.

—No me interesa —contesta Prynce-Valmore con dureza. ¿Recuerda, quizá, a aquel otro jugador de polo español, Luis Rames, con quien tanto se comprometiera Fifi? ¡Qué parecido entre ambas muchachas! Y qué tormento revivir de nuevo aquellos días angustiosos, llenos de vejaciones, de burlas, de ofensas. Aquellos días en que por primera vez su voluntad tuvo que aprender a doblegarse. Tuvo que tornarse flexible como los floretes que salían de sus fábricas. Ahora, a la vista de esta muchacha Guzmán, todo aquello renacía, escocía como herida reciente.

Cris siente pesar sobre ella una mirada helada.

—Esto es todo por hoy. Puede usted retirarse. Una vez en su asiento, Cris reflexiona.

“No cabe duda de que tengo espíritu guerrero —se

dice—. Pero también ¿por qué me atacan todos? ¿Por qué ven los hombres las cosas siempre con ojos impuros, cargados de prejuicios, de desconfianzas? El uno me toma por una cualquiera porque no cree que por muchos conocimientos valiosos que yo tenga, por muy útil que yo pueda ser comercialmente, se me pague y se me trate de manera decorosa. Y el americano, venido de la tierra que, ingenua, ríe a todas las audacias y a todas las locuras, se considera con la obligación de reprender a la muchacha pobre y libre, por algo que en una de las chicas de su mundo ni siquiera le hubiese llamado la atención.”

Señalado / mujer

¡Feminismo! ¡No; ella no era feminista! Naturalmente— que había que poner a la mujer en condiciones de que supiera ganarse el pan nuestro de cada día; pero de ahí a poetizar el asunto, ¡no, y mil veces no! No era fácil la vida para una mujer sola.

Caamaño:

(428) el trabajo es un mal necesario, no un derecho.



XI

París, Quay D'Orsay.⁴¹ Cris salta a tierra. ¡Gracias a Dios que han llegado! El barullo la envuelve. Georgette, todo maletines, pugna por no separarse de su lado.

—Madame, madame. Ahí veo a Blake, nuestro mecánico, y a Logan, el ayuda de cámara de monsieur Valmore. *Alló*; aquí estamos. ¡Tomen, tomen bultos!

Prynce-Valmore se ha acercado cortésmente a Cris.

—¿No le falta nada? —pregunta—. Vamos hacia la salida.

A la puerta, un Rolls blanco, de capot plateado, aguarda.

Míster Prynce hace subir a Cris y toma asiento junto a ella.

—A casa —ordena brevemente.

En el momento de arrancar el coche, Cris por la ventanilla, vislumbra el saludo irónico de Jorge Atalanta.

“Lo que es ahora...” piensa. Y, sin saber por qué, siente un poco de tristeza.

El Rolls, suave y majestuoso, atraviesa la ciudad rutinariamente.

41. *Quay d'Orsay*: estación de París.

lante de luces entre un caos de tráfico. Cris ve pasar París ante su ventanilla como una rápida visión de *film*: los bulevares, con su loca danza de anuncios luminosos; las sombras célebres de la Ópera, del Arco del Triunfo, de Nuestra Señora, tan familiares a todos los habitantes del globo terrestre como el puerto de Nueva York con su estatua de la Libertad y su panorama de rascacielos. El cine ha robado a la Humanidad uno de sus mayores placeres. Esa mezcla de curiosidad e inquietud que experimentaba el viajero de ayer al llegar a un lugar desconocido. Ese orgullo de sentirse explorador y conquistador de tierras que para su fantasía eran vírgenes. El viajero de hoy todo lo conoce y todo lo domina. Y cuando al fin logra ver con propios ojos algún girón de esa tierra que se sabe de memoria, experimenta con frecuencia algo como una ligera decepción: "Yo creía que esto era más grandioso..."

Cris, cansada, se ha recostado y ha entrecerrado los ojos. Así no hieren sus pupilas los destellos de la Ciudad-Luz.

Mister Prynce se asombra un poco. Le extraña el que la maestraita madrileña no lance ¡ash! y ¡ohs! y bata palmas de entusiasmo, como lo haría al llegar a París cualquier chiquilla americana. Prynce-Valmore, interiormente, lanza un suspiro de alivio. Las circunstancias le han impuesto un trato íntimo con esta criatura, y se alegra de que, por lo menos, sea callada e indiferente. Así no será necesario hacerle sentir a cada paso su situación "postiza".

Una reja se ha abierto, silenciosa. El Rolls entra en un jardín bañado en sombras. Bajo la marquesina iluminada, una hilera de criados espera la llegada del amo. Mister Prynce salta del coche y tiende a Cris la mano.

"Ya soy su nuera", se dice Cristina Guzmán, y comienza a repartir sonrisas. Madame Joudart, el ama de llaves, se ofrece a conducirla a su cuarto.

—¿O va a ver primero a monsieur Joseph?

—No; esta noche, no —dice, brevemente, su padre—. No conviene que tenga ahora una emoción fuerte. Mañana.

—El profesor Rouvier espera al señor en el despacho —anuncia Fletcher, el mayordomo.

—Voy —y volviéndose a Cris—: Por favor, suba a sus habitaciones e instálese. Joudart, ocúpese de que la señora sea atendida.

Cris atraviesa el hall, precedida por el ama de gobierno y seguida de Georgette. Suben por la ancha escalera de mármol y se internan en una galería. Madame Joudart abre una puerta, y, deferente:

—Espero que la señora lo encontrará todo a su gusto. Cris penetra en sus nuevos dominios. Entra primero en su cuarto-tocador, que está todo tapizado de espejos como el de una estrella hollywoodiense. Hasta las mesas son de espejo, y los butacones están forrados de un *glasé* azul de reflejos plateados. Las cortinas, con sus volantes fruncidos, parecen un anuncio del *Ladies' Home Journal*.⁴²

La luz brota a raudales de mil sitios extraños: del suelo, de la pared, de las mismas mesas. Todo el cuarto luce y reluce como un enorme brillante de mil facetas. Al lado se encuentra el gimnasio, con su bicicleta estable, sus argollas, sus mazos, su mesa de masaje y una serie de aparatos de uso desconocido. Después, el cuarto de baño, todo de mármol rosa, con su piscina incrustada en el suelo y sus duchas con aspecto de conchas gigantes. Las paredes, pulidas y brillantes, semejan el fondo del mar.

Cris arquea las cejas. ¡Vaya, vaya con el gusto de Fifi! Cris preferiría unos honrados baldosines blancos a este vecindario de monstruos marinos, inverosímiles y estáticos, que surgen entre ramas de corales y algas retorcidas.

42. *Ladies' home journal*: revista femenina norteamericana.

Sigue la alcoba en forma de rotonda, con su gran cama de terciopelo turquesa, sus mesitas doradas, sus butacas de raso marfil y su lustre fastuoso de cristal. El contiguo cuarto de estar matiza los tonos del amarillo al marrón. Con su chimenea encendida, sus mullidos muebles de tela de saco, sus pantallas bajas y sus cacharros luminosos cuajados de ramas de almendros, ofrece un aspecto acogedor.

—Fletcher ha surtido de nuevo el *bar*, madame —explica el ama de llaves. Apoya la mano en un resorte, y, como último milagro modernista, aparece en un nicho, todo aluminio y botellas, un *bar* en miniatura. Vaya, vaya con Fifi.

—Los aparatos de radio funcionan en todas las habitaciones. Y los teléfonos supletorios también han sido revisados ayer. Todo está en orden, señora. En el cuarto de armarios hemos colgado, como nos dijo Fletcher, la ropa que la señora había dejado en sus baúles.

—Ya me haré yo cargo de ella —interrumpe Georgette. —Bien, pues si la señora no me necesita, me retiro. Ya sabe que me tiene a sus órdenes, deseosa de darle gusto en cuanto pueda.

Cris sonrío.

—Gracias, Joudart; todo está perfectamente.

—¿La señora está satisfecha?

—Muy satisfecha. Y la felicito. Sabe usted cumplir con su cometido.

Elisa Joudart se inclina, encantada. ¡Qué simpática es la joven madame Valmore! Una verdadera señora; no hay más que verla.

—Georgette, vaya a desvestirse y prepáreme el baño —ordena Cris a los pocos momentos. Siente la imperiosa necesidad de quitarse de encima cuanto lleva y de zambullirse en esa piscina rosada. Mientras tanto, sigue inspec-

cionando en torno suyo. El cuarto de armarios, una habitación tapizada de armarios, con nichos en la pared para los sombreros, con cajones ventilados para el calzado y sus divisiones especiales, es una maravilla de distribución. En el cuarto-tocador descubre Cris verdaderos tesoros de perfumería y maquillaje: tarros y frascos de preciosos exorbitantes sin abrir; lápices, pinzas, tijeras. Qué fantástico derroche.

—¿Qué sales desea madame que le eche al baño? ¡“Suspiros de rosa”? ¡“Brisas de pino”?

—El extracto de pino está bien —aprueba Cris.

En el tocador, la bata albaricoque y las chinelas aguantan a su dueña, y junto a la piscina de aguas perfumadas se templea en el calentador de tubos de aluminio una mullida toalla de felpa rosa. Destaca, en azul, la corona condal.

—¿Hasta aquí? —ríe Cris—. ¡Parece mentira, Fifi! ¡Mira que presumir de abolengo a los monstruos de tu cuarto de baño!

En el cuarto de estar ha sido servida a Cris una cena fría. *Consomé*, emparedados de pollo, ensalada rusa, té...

Y ahora Cris descansa entre sus sábanas de Holanda.

Extiende sus miembros con delicia en la cama fresca, impecable, con su suave olor a armario bien tenido. Acaricia la rica colcha de crespón. Y piensa..., piensa...

Allá lejos, en Madrid, perdida como una gota de agua en la inmensidad de un mar, existe una cunita blanca con una colcha azul... y una cabecita enmarañada y morena, mitad ángel y mitad golfillo, sueña quizá..., llama quizá...

Cris se inclina sobre su almohada:

—Bubi, mi vida —dice muy bajo.

Quiza...



XII

Las diez de la mañana. Georgette tiene orden de ayudar a miss Guzmán a transformarse.

—Monsieur Valmore y el señor doctor esperan a la señora, a las once, en la biblioteca.

Entre el vestuario que la condesa dejara tras sí hace dos años en París ha elegido la doncella unos cuantos trajes y pijamas, que presenta a Cris.

—Ese pijama de *lamé*⁴³ de plata encantaba a la señora condesa —explica.

—No; ése no —rechaza Cris.

—¿Y este sastre con su blusita marino? Es posible que monsieur Joe lo recuerde, porque lo celebró mucho cuando lo estrenó madame.

—Bueno, pues me lo pondré.

Pero antes, delante del espejo —o, mejor dicho, de los innumerables espejos— hay que proceder a maquillarse. Fifi se pintaba, según su propia expresión, “como un coche”. Era exagerada en todo, estridente y llamativa hasta

43. *Lamé de plata*: tisú de plata.

en sus menores gestos, y desde sus cejas diabólicas hasta las uñas de sus pies, esmaltadas de oro, nada en ella era natural, normal.

Cris rechaza varias veces la mano ofensiva de la francesa.

—Con el retrato me basta. Ya sé.

Y, ante el asombro de Georgette, procede, pincelada a pincelada, a estampar sobre su rostro desnudo de afeites el rostro “picante” de Fifi.

—¡Oh madame!

Georgette, boquiabierta, no acierta a decir más. Esas cejas... Esa boca en corazón... Esos ojos cargados de *rimmel*... ¡Y hasta ese lunar en el pómulos!

Ahora el perfume. Cris lo huele con desagrado. ¡Ufi! No es su género. Aparatoso, enervante.

—Ya está.

El profesor Rouvier ha pegado un respingo al ver entrar a Cris en la biblioteca, y mister Prynne tampoco ha podido reprimir un estremecimiento.

—Es formidable —murmura el psiquiatra.

Mister Prynne le mira triunfante. Como si el parecido de Cris fuese obra suya.

—Señorita, creo que con ayuda de usted vamos a realizar grandes cosas.

—Dígame lo que debe hacer —apunta mister Prynne.

—¿Lo que debe hacer? —el profesor acaricia su clásica barbita. Pensativo mira a la muchacha—. Eso es imposible disponerlo de antemano. Desde luego hablar lo menos posible. Basta con que él la vea. ¡Si pudiera reconocerla!

—¡No me ha reconocido a mí! —mister Prynne se encoge de hombros. Un pliegue atraviesa su frente. Mira y remira a Cris. El parecido es inverosímil, pero el millonario no tiene esperanzas.

—Vamos —ordena Rouvier. Y dirigiéndose a Cris—:

Señorita, a su intuición femenina encomiendo este difícilísimo asunto. Por ahora no puede usted hacer nada más que presentarse. Desdichadamente, el enfermo no está en condiciones...

Han subido al primer piso. Del otro lado de la galería abre mister Prynne una puerta que conduce a una especie de despacho. Una enfermera vestida de blanco se levanta.

—¿Cómo está, *Schwester*⁴⁴ Ida?

La enfermera meneaba la cabeza.

—Despierto. Pero no quiere ver a nadie. Me ha hecho salir del cuarto.

—Vamos a ver... Entre detrás de nosotros, madame.

Y Cris penetra en un dormitorio amplio, amueblado en estilo inglés, con escasos muebles, muy sencillos. En el fondo, una cama. Y entre las almohadas, una cabeza rubia: un rostro de niño casi, pálido, demacrado, con ojos azules, muy claros, enormes.

Mister Prynne se ha acercado.

—Hola, Joe.

El enfermo lo mira indiferente, lejano.

—¿Quién es usted? —pregunta con voz cansada.

—¿Yo? Tu padre.

—¿Mi padre? ¡Usted qué va a ser mi padre! Mi padre está en Nueva York. Y haga el favor de salir. Me duele la cabeza. No quiero visitas.

Cris observa a mister Prynne. También está pálido, pero ni con un gesto demuestra lo que pasa en su interior. Sólo en su boca hay un rictus de amargura. Y Cris, a pesar suyo, siente compasión por él.

—Ahora, ¡usted! —ordena Rouvier, empujándola con suavidad hacia la cama.

Mister Prynne ha retrocedido unos pasos. Ha dejado el

44. *Schwester* (alemán): hermana, título que se les da a las enfermeras.

campo libre a Cris. No, a Cris no. A Fifi. A la sombra nefasta de Fifi.

Cris se ha acercado al enfermo, que la mira de pies a cabeza, con mirada algo inquieta.

—No sé quién es. ¡Ni me importa! ¡Que se vaya!

—¿Quién es usted? ¡Váyase usted!

—Pero, Joe ¿no la reconoce? —interviene Rouvier.

Cris se inclina sobre Joe. Con mirada anhelante siguen los dos hombres y la enfermera sus menores gestos. En las sienes de mister Prynce perlan unas gotas de sudor.

Joe sigue mirando a Cris con sus ojos diáfanos e indiferentes.

—¿Qué me quiere? ¡Váyase usted! —repite al cabo de un momento.

Mister Prynce se encoge de hombros. La *Schwester* sonríe, escéptica.

Pero Cris se ha sentado tranquilamente en la cama del enfermo. Su mano ligera se posa con gesto de cariño sobre la cabellera rubia (... allá en Madrid hay una cunita blanca...).

De nuevo reina en la habitación un angustioso silencio. Joe no protesta. Los puños de mister Prynce se crispan en sus bolsillos. Cris sonríe. Con su sonrisa sana y clara. Joe la mira con un poco de asombro.

—¿Quién es usted? —pregunta de nuevo. Pero su tono es más suave.

Y entonces es cuando sucede lo que, al recordarlo después, a todos parece un milagro.

En el profundo silencio suena una voz que paraliza de estupor a mister Prynce. Una voz un poco aflautada y chilona, que contesta en pésimo inglés:

—Pero, *darling*,⁴⁵ ¿no reconoces a tu muñequita? ¿A tu Fifi?

45. *Darling* (inglés): apelativo cariñoso: querido o cariño.

Otro segundo (¿o es un siglo?) de ansiedad.

Joe se ha incorporado bruscamente. No mira a Cris. Mira a lo lejos, como buscando la voz. Esa voz que, cual sacudida eléctrica, lo ha conmovido todo.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Aquí, junto a ti. ¿No me ves, Joe, *darling*?

Las manos finas han enmarcado el rostro de niño enfermo. Los labios de Joe tiemblan, un hoyuelo se labra en su mejilla delgada y Cris se inclina...

—Pero ¿no me reconoces? —murmura dulcemente.

De repente se siente cogida, envuelta por dos brazos delgados. Mejor dicho, por dos mangas de pijama de seda, que parecen vacías de brazos.

—¡Fifi! ¡Fifi! —triumfa la voz de Joe con loca alegría—. ¡Al fin! ¡Al fin!

Sobre su pelo siente Cris una lluvia de besos apasionados. Ha cerrado los ojos. Una gran felicidad la inunda toda. Y es que en su subconsciente había apostado consigo mismo momentos antes: "Si le salvo, he salvado también a Bubi de algún peligro desconocido...". Y, en un deseo sobrehumano de vencer, había reconcentrado toda su voluntad, toda su fe. ¡Dios mío, que Joe la reconociese!

Y Joe la había reconocido.

Mientras el enfermo besa las manos, balbuciendo inherencias, ella va recobrando el dominio de sí misma.

Mister Prynce quiere precipitarse sobre su hijo, pero la mano de Rouvier le detiene:

—Háblele desde lejos. Que reconozca primero su voz.

—Joe, hijo mío, ¿me oyes?

—Sí, papá. ¿Dónde estás?

—¿Puedo entrar a verte?

—Sí. ¡Ven! ¡Ven pronto! Tengo una gran sorpresa para ti.

Míster Prynce, a una seña de Rouvier, se acerca a la cama. Joe le tiende los brazos. Y el padre abraza al hijo con honda emoción. Cuando se incorpora, sus ojos han perdido toda su arrogancia, toda su frialdad.

—Padre, es Fifi. ¡Fifi, que ha vuelto porque me quiere! Y que no dejaremos marchar, ¿verdad? Díselo tú, papá. Dile que la querrás. Dale las gracias por haber venido.

Míster Prynce se ha acercado a Cris. Ha puesto sus dos manos sobre los hombros de la muchacha y su mirada se ha hundido profundamente en los ojos grises con chispas doradas.

—Gracias —dice solamente. Pero Cris ha comprendido.

—Bueno, bueno. ¡Basta por hoy! —interviene, jovial, Rouvier—. Monsieur Joe, hay que ser sensato. Usted ya se ha salido con la suya, ¿verdad? Pues ahora me toca a mí. Si quiere que le autorice a ver seguido a su mujercita, va usted a quedarse ahora solo con *Schwester* Ida. Muy tranquilo. Muy pacífico. Tenemos que curarle, y si usted no nos ayuda, dominando sus nervios como un hombre, no podemos hacer nada.

—Pero ¿Fifi se quedará conmigo? —suplica el enfermo.

—No; ahora, no —la voz de Rouvier es enérgica—. Ahora necesita usted descansar.

—¡No quiero que se vaya Fifi! ¡Papá, no la dejes marchar! —Joe está próximo a llorar. Sus ojos brillan. En sus pómulos agudos aparecen dos manchas rojas. Y entonces Cris se vuelve a sentar a la cabecera del enfermo.

—Dentro de un momento me iré, doctor —dice con voz tranquila. Con su propia voz clara y sedante—. Dame la mano, Joe. Y váyanse todos. *Schwester*, ¿quiere hacer el favor de entornar las persianas? Cierren los ojos, Joe, y no pienses. Yo ya no me voy de tu lado. Ya no te dejaré nunca. ¿Quieres que te cante un poco, como si fueses un bebé, para ver si te duermes?

Joe la mira deslumbrado, con toda el alma en la mirada. Una sonrisa inefable pliega sus labios.

—Sí..., sí... Haré lo que tú quieras. Me dormiré. ¡Quiero curarme, doctor! ¿Verdad que me curará usted?

—Sí, Joe; le curaré si usted me ayuda. ¡Vámonos!

—Rouvier ha cogido a míster Prynce por un brazo. Hace un gesto a la enfermera. El rey del acero titubea, pero la expresión satisfecha del psiquiatra le tranquiliza.

—Está en buenas manos —dice Rouvier, después.

—¿Qué cree usted, doctor?

—Que hemos avanzado un gran paso. La apatía que sumía a su hijo en un estado de inconsciencia ha recibido hoy un duro golpe. Ahora sólo temo la reacción. Pero ¡Dios es grande!, míster Prynce. Él sabe lo que hace. Para nuestro tratamiento nos va a ser mil veces más útil esta muchacha desconocida que la auténtica mujer de su hijo. Me parece que esta chica tiene lo que a aquélla le faltaba: equilibrio, serenidad, tacto. ¿De dónde la ha sacado usted? ¿Quién es?

—No sé. Una chica que se gana la vida dando clases de idiomas. Una muchacha cualquiera.

—No —dice lentamente Rouvier, acariciando su barbita en punta, los ojos pensativos tras los cristales de las gafas—. Eso es lo que precisamente no es: una muchacha cualquiera.



XIII

Joe, exhausto por las emociones recibidas, se ha dormido, la mano de Cris en la suya. Por la rendija de la ventana entreabierta entra un rayo de sol. Traza un surco de nieve en la blancura de la colcha y nimba de oro el rostro del muchacho enfermo.

“Del niño enfermo”, se dice Cris. Y una indignación creciente se apodera de ella. Esas ojeras, esa frente hundida, esa mano flaca que, confiada, descansa en la suya, y, sobre todo, esa razón vacilante que no logran equilibrar ni desvelos ni millones, todo ello es obra de una frivolidad, de un egoísmo, de una inconsciencia de mujer. ¡Criar hijos para esto! Pero no, Bubi no estará expuesto a los mismos peligros que este príncipe del dinero, separado de la realidad de la vida por una barrera de oro. Bubi será... ¡lo que su madre hubiera sido de haber nacido hombre! Un ser fuerte y sano de cuerpo y de alma, útil, emprendedor, alegre, tomando la vida tal y como es, y no pidiéndole lo que no da.

“Esa es la clave de la felicidad —se dice Cris—. Confortabilidad. Adaptación.” No resignación, que suena a fracaso y tristeza, sino conformidad alegre, optimista. “Ya ven-

drán tiempos mejores" o "pudo sucederme algo peor". La inmensa mayoría de la gente pide, y pide, y pide. En amor. En posición. En bienes. Fulano tiene. Mengana puede. Miran hacia arriba y nunca hacia abajo. Hacia los que nada tienen ni nada pueden. Y piensan: "Mi felicidad sería conseguir esto o aquello." Y mientras tanto la dicha está junto a ellos, diluida, quizá, en las cosas más pequeñas de la vida diaria. En un vaso de agua fresca cuando hace calor. Entre las chispas de los leños de un día crudo de invierno. En las páginas de un libro. En un apretón de manos o entre los rizos de un niño...

Joe sigue durmiendo. *Schwester* Ida ha entrado de puntillas. Cris se levanta. Hace un gesto a la enfermera para indicarle que se va. Ésta asiente.

El rayo de sol sigue nimbando de amarillo el rostro pálido del enfermo.



XIV

Cris ha salido a dar una vuelta. Mister Prynce, por teléfono, le ha hecho saber que podía "disponer de su tarde". Rouvier había convencido a Joe de que para mejorar y curarse necesitaba "sensatez".

— Usted verá a su mujer diariamente a las horas en que yo le autorice. Usted se abstendrá de exageradas demostraciones de afecto. Si yo noto que la presencia de madame Valmore, en vez de tranquilizarle, le excita, acabaré prohibiéndola. Usted quiere curarse, ¿sí o no? ¡Pues entonces a obedecerme ciegamente!

Y Joe, que ahora sí tenía empeño en ponerse bueno, se había resignado. Cris no volvería a verle hasta el día siguiente por la mañana. Para entonces ya tenía preparado su plan de combate. Paz era lo que necesitaba Joe. Y paz era lo que ella iba a procurar darle. Paz a su pobre cerebro torturado, a sus nervios rotos. Poco a poco dejaría de ser Fifi para ser simplemente ella misma. No convenía que el cambio fuera brusco, sino gradual. De todos modos, el estado de desequilibrio y de postración de Joe no le permitiría percibir netamente la transformación. Sin darse cuenta se iría acostumbrando

al nuevo ambiente con que sabría rodearle su nueva mujer.

Pero los bulevares de París no son propicios a la meditación. Cris deja de reflexionar y, toda ojos, se dedica a admirar los escaparates rutilantes de luz y de lujo. Qué maravilla de zorros azules. Parece flexible y cálido aquel abrigo deportivo. Sombreros... ¡Qué moda tan rara! ¿A quién favorecerá aquella boina plana parecida a un plato? En cambio, este tricorno de paja brillante... Cris está por entrar. Le sobra dinero de sus "gastos de representación". La nuera de un Prynce-Valmore tiene que estar al tanto de las últimas oscilaciones de la moda. Cris sonrío. ¡La nuera de un Prynce-Valmore! Y pensar que si ella hubiera solicitado un puesto de mecanógrafa (ochenta duros al mes) en las oficinas de la S.A.S.T. o de la U.S.C.A. no lo habría conseguido, a pesar de su serie de idiomas y de sus muchos conocimientos. Ironías del Destino. Cristina Guzmán, una modesta profesora de idiomas, sin recomendaciones, sin una buena "protección", no habría logrado jamás ser ni recibida por el último de los secretarios del magnate americano. Pero, en cambio, había bastado que sus rasgos fisonómicos recordasen los de una linda muñeca frívola y loca para que su vida cambiase de rumbo. ¿Qué iba a hacer con su dinero? Tendría que pensarlo mucho... Montar un pequeño negocio quizá... Y con algo de suerte...

Cris comienza a mirar los escaparates ya no como diversión, sino con fines comerciales. Una tiendecita elegante en un rincón madrileño, que vendiese chucherías — bolsos, bufandas, guantes, flores, gorros —, ¿no podría ser un asunto? ¿O, mejor aún, una tienda de sombreros, no muy caros, pero sí muy parisenses?

"Todo es ponerse de moda —piensa Cris—. Y tomar unas buenas oficiales. Yo aprendería antes el oficio. Para

ser buen patrón, hay que ser buen obrero. Iría una temporada de aprendizaje a casa de la Altenberg o de madame Laffite. Yo creo que no me negarían este favor. Y, una vez que yo dominase bien la cosa, me iría ampliando, ampliando. Gusto me sobra. Y suerte, ¿por qué no había de tener suerte?"

Cris se siente inundada de optimismo. Ni por un instante piensa en las posibilidades de otra índole que a una mujer joven y guapa puede brindar la situación social de nuera de un Prynce-Valmore, que, aunque "postiza", no deja de ponerla en contacto con un mundo de hombres ricos y pudientes. Cris cuenta siempre sólo consigo misma. La vida le ha enseñado que la propia voluntad y los propios puños son lo único que no falla jamás. Y Cris, como la lechera de La Fontaine,⁴⁶ sueña. Sólo que ella es lo bastante práctica para agarrar con mano firme su cántaro de ilusiones. En el Banco de España ha abierto una cuenta corriente, y allí ingresará religiosamente hasta el último céntimo que pueda ahorrar.

"Veinte duros al mes me daba doña Garbanzos —sigue monologando—, que, sin contar los meses de verano, eran mil pesetas al año. ¡Treinta años habría yo necesitado para ganar lo que ahora me dan en tres meses!"

Treinta años de salir en todo tiempo. Y a pie, porque el tranvía era un lujo. ¡Treinta años! ¡Qué espanto!

Y Cris recuerda el frío de su alcoba. El desayuno frugal. Las judías, las lentejas, el contar y recontar los céntimos. Ocho pesetas costaba cada frasco de aceite de hígado de bacalao que era conveniente dar a Bubi. Las monsergas de Balbina, sus lamentaciones: "¡Tus zapatos

46. La Fontaine: fabulista francés. En la fábula de la lechera, ésta sueña con las mil cosas que hará con el importe de la leche que venda, cuando se le cae el cántaro y se rompe.

necesitan otra vez tapas!" Cris se estremece. Ahora que lo ve todo lejos y desde otro ambiente, le parece mezquino todo aquello, pesado y abrumador como una pesadilla.

Y de repente siente ansias de hallarse de nuevo en el palacio del bulevar Marceau. Entre el *confort*,⁴⁷ el bienestar, el lujo. Cris está viviendo un cuento de hadas. Una bella película, que es el cuento de hadas de las niñas modernas.

Para la completa felicidad de Cris sólo falta un detalle. Un detalle de boquita voraz, además resuelto y ojazos grises salpicados de oro.

o-midi



XV

Cris, en su cuarto-tocador, se da los últimos toques. Georgette contempla con orgullo lo que considerará su "creación". Para este su *debut*⁴⁸ oficial de nueva de un millonario, ha elegido Cristina un sencillo traje negro, que se amolda maravillosamente a su cuerpo juvenil: manga larga, y la sorpresa de un escote en la espalda. Sus rizos castaños se ciñen a su nuca en un moño bajo, descubren las orejas pequeñas. En el rostro —pálido, fino—, casi total ausencia de afeites. Sólo una sombra que rasga los ojos y un trozo de rojo que subraya la boca. Cris, esta noche, no quiere parecerse en nada a Fifi. Quiere ser ella misma, sencillamente. Tan "ella" como el perfume suave y fresco que emana su persona.

Sabe por Georgette que, aparte del médico famoso, serán comensales de mister Prynce unos parientes suyos que han llegado aquella misma tarde y se hospedan allí.

—Miss Gladys y su hermano, mister Roberto Prynce, primos de monsieur Valmore —le ha explicado la francesa—. Creo que son también sus herederos, si a monsieur

47. *Confort* (francés): comodidad.

48. *Debut* (francés): presentación, estreno.

Joseph le sucediese algo. Pero miss Gladys tiene otras miras. *Elle fait à monsieur les yeux doux.*⁴⁹

—¿A mister Prynce?

—Sí. Le persigue incansable. Ya desde hace tiempo.

—¿Y él?

—¡Oh, él! ¡Cualquiera sabe! A todos los hombres les halaga el que una mujer guapa les baile el agua. Pero de ahí a decidirse... ¡No sé! ¿A que no sabe, madame, lo primero que ha hecho miss Gladys al llegar? Pues llamarme a mí y hacerme mil preguntas sobre madame.

—Pero ¿ya sabe que existo?

—Ya lo creo. Estaba enterada de todo. Y me ha mareado a preguntas. Que si era joven madame, que si era guapa. Que de dónde la había sacado monsieur Valmore. Y muchas otras cosas.

Cris, ocupada en perfilar sus labios, no se sigue interesando por el asunto, como Georgette esperaba.

—¿A que no adivina madame lo que llegó a preguntarme?

—¿Me quiere poner los zapatos, Georgette?

—Pues que si yo creía que había algo entre madame y monsieur Valmore.

Cris arquea las cejas. Se encoge de hombros.

—Yo creo que, aun sin conocer a madame, está celosa de madame.

—Lo que debe estar es loca —dice Cris fríamente.

Pero Cris no sería mujer si hoy no quisiera vencer en su primera batalla. En esa batalla social que va a librar bajo la mirada fría y dura de unos ojos claros. Cris vuelve a encogerse de hombros.

“No es para ayudarle a vestirse por lo que colocó a Georgette a su lado, sino para enseñarle a vestirse...” Pausadamente baja Cris la ancha escalera del hall. Des-

49. *Elle fait à monsieur les yeux doux*: le pone ojos tiernos al señor.

de abajo, ocho ojos la acompañan escalón por escalón. Hay que estar muy segura de sí misma para bajar como lo hace Cris, serena y lenta, bajo el fuego de unas miradas que sabe hostiles y cargadas de prejuicios. Se siente envuelta por una curiosidad que se manifiesta en todos sus matices y que es interés apasionado cuando brilla tras los lentes del psiquiatra, curiosidad admirativa al lucir en los ojos azules de un gigante rubio —Roberto Prynce, sin duda—, y curiosidad maligna al reflejarse en las pupilas de muñeca de la que debe ser su hermana Gladys.

El dueño de la casa, de *smoking*, como los otros dos hombres, se ha adelantado hacia ella.

—Les presento a la señorita Cristina Guzmán, oficialmente mi hija política —dice sonriendo.

Es la primera vez que Cris le ve sonreír. Y el gesto le extraña como una incongruencia. Le parece imposible que esos labios estrechos y duros sepan plegarse en una mueca amable.

—¿Con que ésta es la muchacha a quien estás adiestrando en el oficio de mujer postiza de Joe? —ríe impertinente la americana.

Cris se vuelve hacia ella y la mira con la idéntica mirada de pies a cabeza con que la gratifica Gladys. Es alta miss Prynce, y guapa, muy guapa. Sonrosada y pulida como una de esas hermosas frutas californianas “primera medalla”. Su vestido dorado, que entona con el color de su pelo, se ciñe audaz a unas formas que no por ser pronunciadas dejan de ser perfectas. Sus ojos son muy grandes y estáticos. Su boca, pequeña. Y su cutis parece un anuncio del Pond’s Cream.

“No me gusta —resume Cris sus favorables impresiones—. Detesto la belleza al centímetro y al gramo.”

Gladys no se digna dar a Cris la mano. Recostada en el brazo de un butacón, el cigarrillo entre los dedos, ni si-

quiera se ha molestado en incorporarse. En cambio, su hermano Bob es todo él una ancha y admirativa sonrisa. Y Rouvier, la mano de Cris en la suya, la mira con simpatía.

—He aquí a nuestra magnífica colaboradora —dice—. Señorita, ya puede estarle agradecido mi amigo Prynce. Realizó usted en un instante más que toda mi ciencia en seis meses.

—Pero ¿es que lleva Joe seis meses sin reconocer a nadie? —pregunta Cris.

—El estado de Joe tiene altas y bajas —explica Rouvier—. Está nerviosamente destrozado y padece una enorme debilidad cerebral, reflejo de su estado general. Usted y yo tenemos que trazar mano a mano un plan de combate, porque, como ya le he dicho a su suegro —Rouvier sonríe—, mi suprema esperanza ahora es usted...

—Los señores están servidos —anuncia Fletcher.

Cris y Gladys entran las primeras en el comedor. Un comedor soberbio, tapizado de gobelinos. Gladys, con paso majestuoso, se dirige hacia el lugar que debe ocupar la señora de la casa, el sitio frente a Prynce-Valmore. Pero éste la detiene con un gesto.

—Gladys, querida, tú a mi derecha. Y Fifi allí.

Miss Prynce ha lanzado a su primo una mirada incrédula. Pero ¿es que se ha vuelto loco? ¡Por lo visto es de familia! ¡Colocar a una persona "sacada del arroyo" en el sitio que corresponde a mistress P. Valmore, y en su ausencia a ella, la aristocrática y admirada Gladys Prince! Cris, muy divertida, adivina la indignación de su enemiga.

"Y ahora —se dice— me observa atenta. Debe estar esperando verme rebañar los platos con una miga de pan o que ataque el pescado con mi cuchillo."

Pero la comida transcurre sin incidentes de ninguna cla-

se. Los hombres hablan de política en inglés. Gladys observa un obstinado silencio, y Cris escucha.

Cris domina el arte de saber escuchar. Su cabeza castaña se recorta, pensativa, sobre el fondo suntuoso de los tapices. Y sólo su mirada, inteligencia alerta, traiciona el interés con que sigue la conversación. Cris no es de esas mujeres que se creen en la obligación de sembrar de exclamaciones más o menos oportunas las discusiones masculinas. Y el silencio de Cris es un silencio agradable, comprensivo, estimulante. Es el silencio de la dama que desde su tribuna presencia atenta el torneo de los caballeros y que premiará con su sonrisa al vencedor.

"¿Por qué se esfuerza Bob en querer estar esta noche brillante?", se pregunta Prynce-Valmore.

Su mirada se cruza con la de esa chica Guzmán y el americano se asombra. ¿Será posible que para Bob "cuente" la maestría?

En el *hall* se sirve el café. Gladys se ha precipitado hacia la mesa, en la que Fletcher acaba de colocar el servicio de plata, y, oficiosa, se apresura a llenar las tazas de moka.

—Gary, ¿qué licor quieres?

¡Gary! Mister Prynce se llama Gary. Cris se vuelve y lo mira. ¡Qué raro que tenga un nombre tan joven y pimpante!

—Cointreaux —contesta Prynce-Valmore.

Rouvier se ha acercado a Cristina.

—Le he prometido a nuestro joven enfermo que mañana, a las once, le vería usted...

—Muy bien, doctor. Y dígame: ¿qué actitud me aconseja que adopte a su lado?

—De eso sabe usted más que yo. Ya le he dicho que necesitamos equilibrarle, tranquilizarle. Usted, para él, debe ser un calmante, no un incentivo, como lo era su mujer.

—He pensado en buscar libros que puedan interesarle y leerle a ratos. ¿Qué le parece?

—Biblioterapia —sonríe Rouvier—. Perfectamente. Tengo mucha fe en ella.

—Yo también —asegura Cris—. En los hospitales donde practiqué de enfermera, pude observar sus maravillosos resultados. En muchos casos, sus conmovedores resultados.

A unos cuantos pasos de Cris y de Rouvier, Prynce-Valmore y su prima sostienen una animada conversación en voz baja.

—Te digo que esa chica no es lo que tú crees. No es una muchacha modesta que ha sabido abrirse camino a fuerza de estudios y trabajo, sino una aventurera de capa caída. —¿En qué te fundas?

—En todo. Me ha bastado con verla bajar por esa escalera. Nosotras, las mujeres, juzgamos a otra mujer con una sola mirada. Yo te digo, Gary, que tengas cuidado.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que hiciera? Se me ha presentado una oportunidad casi milagrosa de proporcionar a Joe la satisfacción de su más ardiente deseo, y, ¡naturalmente!, la he cogido por los pelos. Se trata de arrancar de su espíritu una idea fija que te conduce a la locura... Es cierto que ignoro qué clase de mujer es ésta a quien he introducido en mi casa. Pero te diré que, fuese quien fuese, habría tenido, por lo pronto, que hacer lo mismo.

—¿La sentarías a tu mesa en el puesto de honor? —Gladys no perdona la ofensa.

—¿No comprendes que tengo que dar verosimilitud a la comedia? Rouvier espera que, con la presencia de la que cree su mujer, Joe recupere su interés por vivir. Si él pone de su parte, probablemente mejorará con el nuevo tratamiento. Se fortificará poco a poco. Y entonces —la mira—

da del padre brilla esperanzada — volverá a hacer su vida corriente —y a un gesto escéptico de Gladys—: Poco a poco, ya sé. Un día empezará a bajar al jardín. Otro, al comedor... Y para entonces es indispensable que esta muchacha domine perfectamente su papel. Y es imprescindible que nadie en mi casa sospeche que no es mi verdadera nuera.

—Pero esta comedia no puede durar eternamente.

—Durará... ¡el tiempo necesario! Es prematuro preocuparnos ahora por un desenlace que, desgraciadamente, está aún muy lejano. Créeme, Gladys: la vida de mi hijo se está jugando en estos momentos. Su razón se halla entre las manos de esa chica desconocida. Hoy mismo lo he visto con claridad. Comprenderás que cuanto hago por esta muchacha no es por ella... Es por él.

—¿No consideras peligroso el ascendiente que esta mujer puede llegar a tener sobre Joe?

—Peor que Fifi no puede resultar.

—No sé, no sé. Yo, en tu caso, estaría horrorizada. Es de lo más desagradable el tener que alternar de igual a igual con una persona que, probablemente, es una cualquiera.

—¡Más desagradable es que se le muera a uno un hijo! —contesta Prynce duramente—. Mira, Gladys, no te esfuerces. Esta muchacha está hoy en mi casa, y *porque a mí me conviene*, lo mismo que si fuese realmente mi nuera. A nadie de fuera obligo a tratarla. A nadie impongo su presencia.

Gladys es lo bastante lista para comprender que equivoca el camino. ¡Demasiado conoce el genio “de acero”! Opta, por tanto, por cambiar de táctica.

—Eres admirable, Gary. Más aún: heroico. ¡Hay que ver todo lo que llevas sacrificado y sufrido por tu hijo! Y eso desde que tenías veinte años. Yo creo que para ti no

ha habido juventud ni mujeres. ¿O ha habido mujeres, Gary? —pregunta con coquetería.

—No seas curiosa.

—Hoy día tienes cuarenta y cuatro años y apenas si representas treinta y cinco. Eres inteligente. Eres... bueno, ¿no será la primera que te dice que eres guapo?

—Soy muy rico —interrumpe sarcástico Prynce-Valmore.

—Eres muy rico, lo que no estorba. Gary, yo creo que no existe mujer de nuestra sociedad que no haya soñado alguna vez con hacerte soñar a ti.

—Yo no soy del tipo de los soñadores.

—Precisamente. Ya sabemos que eres todo cerebro y todo voluntad. Ya sabemos que eres un ser fuerte. Pero a las mujeres nos gusta rendir a los Sansones.

—¡Por favor, deja la Biblia en paz!

—Sé que eres un imposible, y por eso mismo me atraes:

—Confiesa que aún te quedan tus esperancillas.

—Sí las tengo. ¿Por qué no? Gary, dime: ¿no te gusto como mujer?

Prynce-Valmore contempla el hermoso rostro que, ansioso, se alza hacia el suyo.

—Eres guapísima —dice—; de eso no cabe duda.

—¿Nada más?

—Nada más, Gladys. Mira: es posible que el día en que yo viese a Joe sano y contento me sintiera tan feliz, que me entraran a mi vez ganas de hacer locuras... ¡Pero como jamás lo he visto bien! Como nunca ha sido como los demás niños... Tenía yo veinte años cuando Lilian me colocó un día a nuestro hijito entre los brazos y me dijo: "Yo me muero. Sé tú padre y madre para él." Y eso he procurado ser. Mi hijo no se me ha ido cien veces de entre las manos porque yo he sabido retenerle... Y pensando en él... y luchando por su vida, ¡tan frágil!, se me ha ido la mía..., se me ha pasado mi juventud casi sin sentirlo...

—¡Gary! —dice Gladys blandamente.

Sin darse cuenta han levantado la voz, y Cris, a quien Rouvier acaba de dejar sola porque le han llamado al teléfono, escucha sin querer la segunda parte de la conversación. Pero ella no quisiera sorprender confidencias que no le están destinadas. Y mira en torno suyo, en busca de algún pretexto que le permita alejarse de mister Prynce y de su *flirt*. Bob, junto a la mesa de los licores, apura copa tras copa de coñac y por ese lado nada hay que esperar. Rouvier vuelve para despedirse a toda prisa.

—Lo siento mucho, pero una consulta urgente...

Cris se siente sola. Sola y olvidada en aquel magnífico *hall*. Gladys ha lanzado una rápida mirada en su dirección, y un destello de triunfo ha brillado en sus ojos. Con su actitud de muda adoración, con su afectado interés, aísla a Prynce-Valmore del resto del Universo y no le deja darse cuenta de que una muchacha vestida de negro —pálida, fina— se hunde cada vez más en su solitario butacón.

Cris no se siente sola más que cuando está con gente. Con gente como la de esta noche, naturalmente. Cuya vida, cuya charla, cuyos gestos, no le interesan. Para quien ella no es nadie y que no son nadie para ella. Cris no se sentiría sola allá arriba, en su cuarto de estar, mano a mano consigo misma, un libro en el regazo y la fantasía lejos..., muy lejos... Un mundo de maravilla, todo ternura, todo bondad, le abriría sus puertas. Un mundo poblado por añoranzas..., recuerdos..., ensueños..., que al todo de la soledad vibrarían, palparían con vida propia... Tristes y dulces a la vez...

Cris, en este momento, siente la imperiosa necesidad de retirarse a ese mundo suyo. ¡Es espantoso tener que estar sentada entre extraños, escuchando la risa estúpida de esa niña entrada en años y presenciando sus manejos para atrapar una fortuna!

De repente se pone en pie.

—Míster Prynce: con su autorización, me voy a acostar. Estoy muy cansada.

—Como usted quiera, miss Guzmán —sonríe él levemente—. Como quieras, Fifi.

—Pero ¿seguía usted ahí? —se asombra Bob, que, de espaldas a ella, había vaciado media botella de coñac—. Creía que se había ido usted al mismo tiempo que Rouvier. ¡Hombre, si lo llego a saber! Quédese, por favor.

Pero Cris no se digna lanzarle ni una sola mirada.
—Buenas noches.

Una ligera inclinación, que sirve para los tres. Y con paso mesurado vuelve a subir la escalera de mármol.
Prynce-Valmore se ha acercado a su primo.

—Es una vergüenza que no puedas ver una botella sin vaciarla. Y me harás el favor de no molestar con tus asiduidades a esa muchacha, que ya sólo por estar bajo mi techo debe merecer toda tu consideración.

—¿Y quién te ha dicho, mi querido puritano, que pienso infringir las leyes de la corrección? Aunque te advierto que tu nuer artificial me gusta horrores.

El rostro de Prynce-Valmore se endurece.

—Esa muchacha, Bob, téntelo por dicho, debe ser sagrada para ti. Lo mismo que a todos los de esta casa, te exijo respeto y consideración para la que mi hijo cree su mujer.

XVI

Cuando Cris, a la mañana siguiente, se dirige a las habitaciones de su “marido”, siente un poco de miedo. ¿Cómo la recibirá? Ayer Joe no tuvo tiempo de reaccionar de su primera impresión, todo sorpresa y alegría febril. Pero hoy, más sereno, más lúcido tal vez, ¿no descubrirá algo extraño, sospechoso? Cris, al pasar ante uno de los espejos de la galería, se tranquiliza un tanto al ver reflejada en él la carita de payaso de Fifi. “¡Valor y adelante!”, se dice.

Schwester Ida la recibe en el despacho.

—Ha pasado bastante mala noche y está insoportable —le anuncia.

Cris entra en la alcoba. Se acerca a la gran cama de caoba, inmaculada de blancura. Entre las almohadas se agita la cabeza pálida. Los ojos claros, sobrehumos casi a fuerza de ser grandes y brillantes, la miran sin verla.

—¿Quién es?

—Soy yo, Joe. ¡Fifi!

—Tú. ¡A buenas horas! Puedes volver a marcharte. No te necesito. Ya me he acostumbrado a vivir sin ti. Y lo

prefiero. Están bien las cosas como están. Puedes marcharte, a bailar, a divertirme...

Los labios de Joe esbozan un gesto desdenoso. Sus manos arrugan el embozo.

Cris, como ayer, se ha sentado junto al enfermo, y, como ayer, olvidando toda prudencia, no le habla en el tono estridente que le recomendó Georgette, sino con su propia voz clara y serena:

—Óyeme, Joe. Si ayer tarde no he venido a verte ha sido porque Rouvier no me ha dejado...

—¡Tus mentiras de siempre! —silba quedamente Joe— Mira, Fifi: ayer, delante de mi padre, nada quise decirte; pero ¡todo ha terminado entre tú y yo! Aquí se creen que estoy loco... Y a ratos es posible que lo esté, porque se me van las ideas... lejos..., muy lejos... —sus ojos se pierden en un mundo invisible—; pero os equivocáis todos si creéis que eso me impide ver claramente las cosas... Se creen que estoy loco —Joe ríe con su risa triste—, y yo les dejo creer lo que quieran... Me es más cómodo... Me molestan menos... Me dejan en paz... Pero a ti sí te digo: ten cuidado. No creas que me vas a engañar como la otra vez... Entonces creía en ti... Te quería... Pero ahora, óyeme bien, Fifi: todo ha terminado.

Cris escucha en silencio.

—Ya sé que me voy a morir pronto. Me alegro. Así ya no tendrás el poder de atormentarme.

—Entonces, ¿quieres que me marche? —pregunta suavemente Cris.

—Sí, márchate. ¡Esta vez soy yo el que te echo! ¡Y no vuelvas más! ¡Nunca más!

—Bien. Me marcharé.

Hay un nuevo silencio entre ellos.

El enfermo se agita.

—¡Schwester Ida!

—¿Quieres algo?

—Agua.

Cris se levanta. En una mesita hay una jarra, un vaso. Cris lo llena. Se acerca al enfermo, le ayuda a incorporar-se. Su brazo joven enlaza los hombros delgados. Las manos de Joe tiemblan, y el agua salpica toda la colcha. Cris le lleva el vaso a los labios, y el muchacho bebe con avidez. Después se deja caer pesadamente, y su cabeza vuelve a hundirse entre las almohadas.

Cierra los ojos. Cris, silenciosa, estira la colcha de seda. Y vuelve a sentarse junto a la cama.
Pasa el tiempo.

Por el balcón entreabierto sube del jardín un olor a flores y un trinar de pájaros, y, como en sordina, la trepidación de la gran ciudad. En el sol baila un polvillo luminoso. Sube, baja, gira.

“Son pequeños seres —piensa Cris— que, como nosotros, tienen, quizá, sus luchas, sus ambiciones, sus deseos, engaños.”

Joe no duerme. Pero está quieto, quieto. Sólo su respiración anhelante traiciona que está al acecho; pendiente, bajo sus párpados cerrados, del menor gesto de Cris. Pero ella sabe tener paciencia. Inmóvil, espera. Algo sucederá. En efecto, al cabo de un largo rato, Joe abre los ojos.

—¿No te has ido? —pregunta en voz baja.

—No —dice Cris tranquilamente—. No pienso irme.

—¿Por qué?

—Porque si he vuelto es para quedarme. El día en que tú estés bueno y sano me iré, si quieres.

—No lo estaré nunca.

—Sí lo estarás. Porque tú tienes que *querer* sanar. Se lo debes a tu padre.

—Pobre papá.

—Sí, pobre papá, que lo da todo y, en cambio, no recibe nada.

—¿Nada?

—Sólo disgustos y preocupaciones...

—Por eso es mejor que me muera de una vez.

—Calla. Calla.

—Dame la mano. ¿Me quieres, Fifi? —Joe lo pregunta muy bajo, como avergonzado.

—Te quiero mucho, Joe —contesta Cris con seriedad.

—Pues dame un beso.

Cris roza con sus labios la frente pálida.

—No; un beso de *verdad*.

—Joe, ya sabes que Rouvier...

—Maldito Rouvier.

—Tienes que ser sensato.

—Pero ¿es que ni siquiera me permiten besar a mi mujer?

—Escúchame, Joe. Mientras tú estés enfermo, yo no soy tu mujer. Soy tu *madrecita*. Y como a tal tienes que obedecerme. Si ni lo haces, no te curarás nunca. Y Rouvier no me dejará permanecer todo el día contigo.

—¿Vas a quedarte todo el día aquí? —pregunta Joe, ilusionado.

—Si eres bueno y no me dices cosas molestas, sí.

—No te diré cosas molestas. Pero no te vayas. Dame la mano...

Otra vez un largo silencio, que rompe al cabo la voz de Joe:

—Dime, Fifi: ¿por qué habré nacido tan enclenque? ¿Tan absurdo? ¿No crees que a los niños enfermizos y débiles debieran dejarlos morir de pequeños y no empeñarse en hacerles arrastrar durante años y años una existencia desesperante?

—¡Chis! No digas disparates. Los niños, pequeños y



Carmen de Icaza, escritora famosa, hacia 1950.

grandes, lo que deben hacer es ser obedientes y buenos. Y tener paciencia y voluntad de curarse.

—Estoy muy débil —murmura Joe—. Mira: ahora mismo siento cómo se me va la cabeza. Te estoy mirando y se me ocurre pensar: ¿Quién es? No la conozco. Fifi, yo no quiero dejar de reconocerte.

—¿Para poder ponerme de vuelta y media? —sonríe Cris—. Anda, no pienses cosas raras. Todo lo que tienes proviene, en efecto, de tu gran debilidad. Hay que comer, Joe. Mucho. Mucho.

—Me aburre comer.

—¿Quieres que coma yo aquí contigo?

—Sí; eso, sí. Te prometo que, si comes conmigo, comeré y, además, no te diré nunca nada desagradable. ¿Me perdonas por lo de antes, Fifi? Es que estaba furioso porque me dejaste ayer toda la tarde solo.

—Trato hecho. Comerás con tu madrecita.

—Suenan bonito. Madrecita. Ya sabes que yo no he conocido a mi madre. Muchas veces, cuando estoy solo, y callado, y triste, pienso en ella. ¿Cómo sería? Seguramente me querría mucho, ¿no crees? Y me cuidaría... y me mimaría... Y no se impacientaría, como *Schwester* Ida, cuando estoy de malas...

—Yo tampoco me impacientaré, Joe.

—¡Tú! Si tú tienes muy mal genio. ¡Cuántas veces me has dicho que no lo puedes remediar!

—He cambiado. Ya verás.

—Mejor. Yo también procuraré cambiar. Antes no era así. Yo mismo comprendo que cada día estoy más impaciente. Pero es que estoy harto de sufrir.

La mano de Cris acaricia la rubia cabeza.

—Oye, Joe: te he traído un libro de versos que he encontrado en la biblioteca. Son muy hermosos. ¿Quieres que te los lea? Te distraerán.



En la Feria del Libro, firmando sus obras.

—Sí, léeme. Hola, papá. Fifi iba a leerme unos versos.
¿No te importa, verdad?

—¿Cómo te sientes hoy, hijo?

—Mejor.

—Llevo un rato aquí al lado, en el despacho, y he escuchado que no haces más que hablar —Prynce se dirige a Cris—: Me parece muy bien la idea de la lectura.

Cris ha abierto su libro. Es una antología de viejos romances españoles. Y comienza a leer con su voz bien timbrada y armoniosa.

Joe la mira con los ojos cerrados. No escucha la letra de los versos. Le cansa prestar atención. Pero, en cambio, la suave música de la voz le arrulla blandamente.

—Es bonita, ¿verdad, papá? —murmura con inefable expresión. Y sus ojos se cierran.

Prynce-Valmore siente como un dolor en el alma.

Pobre hijo. ¿A qué sufrimientos les conduciría a los dos esta extraña aventura?



XVII

Cris y Joe desayunan en la terraza. Dos meses lleva ya Cris en su empleo de nuera de Prynce-Valmore. Dos largos meses. De paciencia. De sonrisas. De voz que anima, que distrae, que suaviza. La extrema debilidad de Joe y su enfermedad nerviosa se manifiestan a cada instante por una irritabilidad a flor de piel. Por una susceptibilidad que se ofusca al menor roce. Más que las crisis que sumen a Joe en la inconsciencia, son temibles sus ataques de “lucidez”, que Cris llama sus ataques de injusticia, y en los que el enfermo la atormenta con reproches y celos retrospectivos.

Joe no es fácil de cuidar. Al contrario. Ida sale a menudo de su cuarto con los ojos llenos de lágrimas, y en su fuero interno se admira de la maravillosa paciencia, del dominio que sobre sus nervios posee esa muchacha española.

—Hay días en que le estrellaría uno algo en la cabeza —dice la enfermera a Rouvier—. Y si no fuera por lo bien que paga su padre...

Generalmente, después de esas crisis de irritabilidad cae el enfermo en un estado de postración extrema. Cuan-